



Madrid 31 de Julio de 1861.

SUMARIO ARTICULOS.—Lecciones de moral, por doña Angela Grassi.—La Tierra, por B.—La Envidia [Fábula], por don J. A. V.—Las Siete Maravillas del Mundo, por don Juan Cuesta.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—Viaje á Santander, por L.—Memorias de una Niña [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.

GRABADOS. La Tierra.—Vista de Santander.—Jardines de Babilonia.

LECCIONES DE MORAL.

II.

DESPUES de Dios y de nuestros semejantes, hijas mías, ¿en quién debereis fijar vuestro amor sino en vosotras mismas, que sois espejo donde se mira el Criador omnipotente, vaso sagrado, en donde la Providencia deposita el germen de todas las virtudes, para que se reproduzcan y se multipliquen, y se perpetúen en la tierra por todos los siglos de los siglos.

Tomo II.

Sois niñas: mañana sereis mujeres, sereis esposas, sereis madres, y las esposas y las madres, son las sacerdotisas del bien, son los ángeles de la guarda que velan sobre las generaciones futuras y las imprimen su divino sello. Mirad, pues, si vuestro destino es glorioso, si es importante la existencia de vuestro frágil cuerpo, que da abrigo á un alma dotada de tan bellos y trascendentales atributos.

Un sér que el Eterno se ha complacido en formar de su misma esencia, es digno de una adoracion constante, digno de un amor inmenso.

Pero no quiero hablaros de ese amor grosero, y pudiera decirse material, que se llama amor propio, y que estriba en la vanagloria de

Núm. 29.

nuestras cualidades y el desprecio de las cualidades ajenas.

No: este amor está basado en el necio orgullo, y aquel del cual yo quiero hablaros, verdadera antítesis de este, debe su origen á la modesta humildad.

Es el sentimiento íntimo que nos revela que careciendo de todo, procedemos de una patria en donde todo lo hemos poseído, y en donde todo podemos volverlo á poseer, merced á nuestros esfuerzos.

Conocemos por lo tanto nuestra humilde pequeñez, y ponemos todo nuestro conato en engrandecernos: cuanto mas nos amemos á nosotros mismos, mas intenso será el afán de nuestro engrandecimiento.

Así, este amor sublime es una especie de santo culto con que rodeamos á nuestras almas, procurando hacerlas perfectibles, y conservarlas tan limpias de toda mancha, que la imagen de Dios pueda reflejarse en ellas siempre y con toda transparencia.

Para conseguirlo, consideremos que nuestro espíritu es un huésped pasajero y divino, al cual debemos hacer aceptable su transitoria y grosera morada, ofreciéndole siempre imágenes dignas de su celeste origen.

Ahora bien: si por un instinto natural, nuestras mejillas se cubren con los colores de la vergüenza cuando nuestros amigos y hasta nuestros hermanos, nos sorprenden haciendo una cosa que el mundo considera mal hecha, ¿con cuánta mas razón deberemos avergonzarnos delante de ese representante de Dios, cuya custodia él mismo ha confiado á nuestro celo?

Para esto ha hecho vibrar en nuestro corazón una voz que es el eco de la suya, y que no acallan ni los estímulos de las pasiones, ni los errores del mundo, ni los malos hábitos adquiridos: la voz de la conciencia.

La conciencia es como el atalaya colocado cerca de un faro, que advierte á los navegantes los escollos del camino.

Obtrad bien por consideracion á vosotras mismas, mas bien que por consideraciones hácia el mundo: al mundo se le puede engañar alguna vez, á la conciencia no se la engaña nunca.

El amor propio, así considerado, es el primero, el mas grande de los deberes, porque nos conduce á no cometer jamás ninguna accion indigna, á no descender nunca del pedestal en que nos hayamos colocado.

Por intenso que sea este amor, nunca será escetivo, sobre todo en nuestro sexo, que tanto necesita respetarse y enaltecerse para que le enaltezcan y respeten.

Formad, pues, un hábito desde niñas, de no pronunciar jamás palabras que ofendan la delicadeza de vuestros oídos.

Las palabras nos familiarizan con las cosas á que se aplican, y estas acaban por perder á nuestros ojos su deformidad primitiva.

Tambien despojan al pensamiento de su pureza.

Manosead una fruta recién cogida del árbol, y aunque quede intacta, aunque guarde sus colores, siempre habrá perdido aquel bello sonrosado que la hacia tan hermosa.

Apartaos modestamente de los círculos en donde se profieran palabras indecorosas, en cualquier sentido que sean.

El rubor es el perfume del alma: cuidad de conservarlo siempre, porque nada hay que dé tanto atractivo al rostro como el bello carmin de la inocencia.

La comparacion que hemos hecho con la fruta podremos hacerla con una flor: la primera vez que se la huella llena el ambiente con su aroma, mas si volvemos á pisarla otra vez y ciento, agotado su perfume, ya no recrea nuestros sentidos.

El rostro que tiene que ruborizarse muchas veces, acaba por perder esta manifestacion de su pureza.

Cuidad con igual esmero de vuestras miradas, porque como han dicho muchos autores, los ojos son las antecámaras del alma.

Cuidad de que vuestras atrevidas miradas no la transmitan imágenes groseras, que puedan herir su exquisita susceptibilidad.

Cuidad, en fin, de vuestras acciones: la mas pequeña, la mas insignificante, puede conducirla paulatinamente á su completa ruina.

Cuando la frivolidad os conduzca á mur-

murar de otra niña, cuando el rencor os lleve á acusarla de alguna leve falta, cuando el enojo ponga en vuestros lábios palabras duras ó inconvenientes, acordáos del santo respeto que os debeis á vosotras mismas, y si formais un hábito, al punto quedará sofocada la impetuosidad de vuestras pasiones.

La que se estime en mucho, nunca se desdoraré hasta el punto de entretener con relaciones mentirosas á sus amigas, de mofarse de aquellas á quienes la naturaleza haya negado sus dones, de desobedecer á sus maestros, porque sabe que el borron de estos hechos, antes de recaer sobre las personas ofendidas recaerá sobre sí misma, rebajando la noble dignidad de su alma.

La dignidad es una gran virtud, hijas mías.

Mañana sereis mujeres, y una mujer digna jamás descende á viles acciones, jamás presta ocasion á las murmuraciones del vulgo. Una mujer digna podrá ser débil arrastrada por la pasion del momento, pero nunca llegará á degradarse y á envilecerse.

Pensad que el respeto con que os rodéis á vosotras mismas, será la medida del respeto que os otorgan los demas; pensad tambien que nunca se ama mucho á lo que se estima en poco.

Si quereis ser amadas, bello ideal de la mujer, única gloria de su vida, procurad antes merecer la estimacion de cuantos os rodéen.

Para esto es preciso que no perdais de vista ni un solo punto el noble origen de vuestra alma, el noble destino que está llamada á cumplir en el mundo, las nobles recompensas que la esperan algun dia.

Ay! para vosotras, para quienes la vida es ahora tan bella y tan fácil; para vosotras, que no habeis alzado mas que una punta del velo que encubre las miserias, los dolores, las luchas de la existencia, tal vez carecerán de importancia los consejos que acabo de daros; pero grabadlos en vuestro corazon, y algun dia comprendereis su trascendencia.

Un vaso que haya contenido un licor espirituoso guarda siempre algo de su perfume.

Creédme: la propia dignidad es el mayor de los tesoros, es un tesoro independiente de las eventualidades de la suerte.

Ella nos da sumo realce en la fortuna, ella nos engrandece, nos consuela y nos alienta en la desdicha, porque sabemos que el propio valor no lo prestan ni los trajes de seda, ni los ricos adornos de nuestras habitaciones.

Ella nos enseña á no sentirnos humillados en presencia de los poderosos, á no desdeñar á los humildes, porque si en nosotros respetamos los divinos atributos del alma, justo es que los respetemos en cuantos nos rodean.

Yo he visto muchas veces brillar las lágrimas en vuestros ojos al oir referir la constancia de los héroes en la adversidad, en el martirio y hasta en la muerte.

Esos son milagros de la dignidad, cuyo ejemplo inflamará siempre de entusiasmo los corazones generosos.

Así ¡cuán interesante es el espectáculo de una mujer que, perseguida por las contrariedades de la suerte, se envuelve magestuosamente en medio de su pobreza con el severo manto del decoro!

¡Cuánto cautiva el aprecio general la que no siendo feliz en el hogar doméstico, no se desata en injurias contra los individuos de su familia, poniendo de manifiesto sus defectos, y sufre con santa resignacion las injusticias de que es víctima!

Ay! á la mujer con ser tan débil se la exige mayor fuerza que al hombre para sobreponerse á la desdicha, y si osa entablar la lucha, de cualquier género que sea, vencedora ó vencida, siempre recaen sobre ella las consecuencias deshonorosas, porque lo primero que la pide la sociedad es prudencia y mansedumbre.

Por lo tanto si hemos de sufrir, suframos resignadas, encerrándonos en una digna reserva, que si no minora nuestros males, salva al menos el decoro.

El decoro, lo mismo que la dignidad, son engendros del amor propio bien entendido. Son tres virtudes hermanas, á las cuales casi pudiera designarse con el mismo nombre.

El decoro es á la virtud lo que el color al rostro: le da esplendor y vida.

La mujer que atesora estas tres virtudes, puede decirse que posee tres talismanes contra los pérfidos reclamos del vicio, contra las asechanzas de la fortuna.

Pero no se adquiere cosa de tanto valor, que nos dá tanto realce en todas las edades, en todos los estados, en todas las vicisitudes de la suerte, sino á costa de inmensos sacrificios é incesantes desvelos.

Por esto os he hablado ante todo de ellas, porque es preciso que os habitueis á practicarlas desde la misma infancia, para que se encarnen en vuestro sér, y formen, por decirlo así, parte de vuestra misma vida.

No olvideis pues nunca, hijas queridas, que uno de vuestros principales deberes es amaros á vosotras mismas lo bastante para honrar y enaltecer la obra que Dios se ha complacido en formar con sus propias manos, é imponer al mundo todo el aprecio á que sereis acreedoras por la sublime elevacion de vuestras almas.

ANGELA GRASSI.

LA TIERRA.

La Tierra en que habitamos es una bola grande, como el sol, la luna y las estrellas, y se mueve como estos cuerpos celestes en la inmensidad del espacio.

Si partiendo de nuestra casa marchásemos siempre hácia donde sale el sol, volveríamos al fin, despues de muchas semanas, meses y años, al mismo lugar por el lado opuesto.

En este viaje encontraríamos muchas ciudades y aldeas, colinas y montañas, valles y llanuras, arroyos, rios, lagos, mares é islas; campos cultivados y verdes praderas, bosques y desiertos, plantas y animales de todas clases, y hombres de diferentes costumbres y lenguas.

Desde la cima de una alta montaña se distinguen muchos pueblos y aldeas, y alguna ciudad mas lejos; bosques y campos,

prados y jardines. Pero todo esto es solo una parte muy pequeña de la Tierra. Mas allá de la azul montaña que no puede atravesar nues-



La Tierra.

tra vista, porque parece que se une con el cielo, hay otro pais, con otros campos, ciudades y aldeas. Y la misma Tierra solo es un pequeño punto en la inmensidad del universo.

B.

LA ENVIDIA.

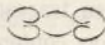
FÁBULA.

Envidioso un jilguero,
De una paloma que tejió su nido
Sobre el suyo en un verde limonero,
Querellóse de un águila al oído.

El ave soberana
La demanda escuchó, y haciendo presa
Primero en la avecilla casquivana,
Dió en la paloma y terminó su empresa.

Vió la escena escondido el jardinero,
Y al mirarla exclamó:—«¡Cuánto jilguero
Hay en el mundo, á quien la envidia irrita,
Y muere al arma con que herir medita!»

J. A. V.



LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.

Los antiguos dieron este nombre á algunas obras admirables de arquitectura y escultura, sobre cuya enumeracion y clasificacion no están de acuerdo los autores : nosotros daremos á conocer á nuestros jóvenes lectores estas obras maestras del arte, segun la version mas acreditada y admitida.

I.

LOS JARDINES DE BABILONIA.

En el Asia, cerca del mar Mediterráneo y del golfo pérsico, entre el Éufrates y el Tigris, rios que segun las escrituras corrian cerca de aquel sitio predilecto, conocido con el nombre de Paraíso, se hallaba edificada una ciudad inmensa, cuyo origen apenas se descubre en la mayor antigüedad á que pueden remontarse las historias.

Esta ciudad fué Babilonia.

Aquella Babilonia, donde por primera vez se vió reunido el género humano despues del diluvio, donde los hombres construyeron la famosa torre del mismo nombre, y de donde confundido su lenguaje salieron para estenderse por todos los ámbitos del mundo.

En una fértil campiña cruzada de canales, que ponian en comunicacion los dos rios arriba mencionados, aquella ciudad incomparable ostentaba toda su grandeza en una estension de muchas leguas.

Su forma, perfectamente cuadrada, estaba guarnecida de una fuertísima y elevada muralla, por cima de la cual podian correr seis carros de frente. Tal era su anchura.

Cortada en dos mitades por el Éufrates, que la atravesaba de parte á parte, surcada además por una red de canales que venian á desembocar en el rio, Babilonia, era por esto solo, la ciudad mas alegre y pintoresca del mundo.

Dotada del clima mas apacible, de un cielo despejado y de una tierra fecundísima, era sin

disputa la que contaba con mas elementos de riqueza que ningun otro pueblo de la tierra.

La reina Semíramis, que fué quien mas contribuyó á hermosearla, la llenó de palacios, acueductos, murallas, templos y monumentos de todas clases, cuya memoria se conserva en la historia para asombro y humillacion de las generaciones presentes.

Para prevenir las inundaciones á que hubieran podido dar lugar las avenidas del rio en las épocas del deshielo de las nieves ó de las grandes lluvias, esta misma reina habia mandado construir un cáuce, ó foso profundo y bastante ancho para que el agua no pudiese nunca rebosar ni invadir la poblacion.

Sobre este cáuce construyó un puente magnífico, que ponía en comunicacion las dos partes de la ciudad, y por debajo del rio hizo tambien fabricar un camino subterráneo de doce piés de altura y cinco de ancho, cerrado por grandes puertas de bronce.

Esto hizo ya Semiramis en Babilonia. Nada, pues, debe admirarnos el que ahora nuestros ingenieros construyan túneles para atravesar las montañas, ni que la ponderada Lóndres haya abierto una calle por debajo del Támesis.

Las casas, en vez de tejados, estaban cubiertas de caprichosos terrados sembrados de flores, arbustos y plantas aromáticas; y el agua de los canales, merced á innumerables bombas y máquinas destinadas al servicio público, ascendía á toda la altura necesaria para regar aquella multitud de jardines y alimentar los surtidores de millones de fuentes que refrescaban la atmósfera y llenaban el aire de una fresca embalsamada por los mas delicados perfumes.

Difícilmente puede la imaginacion figurarse una vista mas peregrina que la que ofreceria aquella ciudad de diez y ocho leguas de estension, cortada por calles anchas y rectas, cruzada de rios y canales, guarnecida de fuertes murallas, salpicada de magníficos palacios, y coronada de jardines, estatuas, surtidores y juegos de agua de una esplendidez inimitable.

La ciudad toda era una inmensa maravilla, si en medio de tantas bellezas no se hubiera

dado este nombre á los jardines de Semiramis, aun mas ideales y suntuosos.

Imposible es dar una idea, ni remota, de tanta hermosura.

Figuráos un inmenso recinto, construido en forma de anfiteatro y rodeado de columnas cuadradas de ladrillo, rellenas de tierra suficiente para alimentar grandes árboles. Sobre estas columnas se apoyaba un terrado, tambien circular, lleno igualmente de toda clase de flores y plantas, y que á su vez estaba guarnecido de otras columnas que servian de macetas á otro orden de árboles, escalonando así una série numerosa de jardines y terrados circulares hasta una estension de muchas millas. Figuráos ahora todos estos jardines escalonados, cuajados de estatuas, de reclinatorios, de fuentes,

y de las mas caprichosas flores del mundo. Figuráos además una porcion de máquinas para hacer subir el agua á las mayores alturas, así como tambien para subir las personas sin necesidad de fatigarse de una plataforma á otra, y empezareis á vislumbrar algo de lo que debia ser aquella maravilla, cuya memoria hace todavia estremecer de entusiasmo á todo el que tiene gusto por las bellezas del arte y de la naturaleza.

Allí las grutas silvestres, los escondites misteriosos, las estatuas de las divinidades que se adoraban en aquellos tiempos, los surtidores secretos, y los estanques llenos de peces y aves

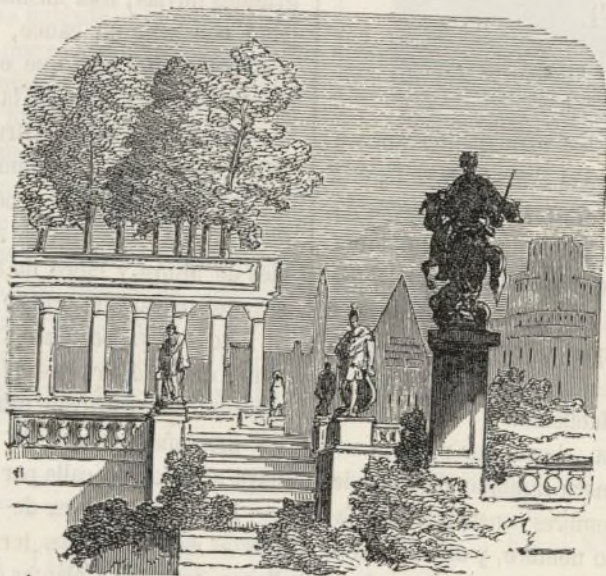
acuáticas, con sus embarcaderos y sus elegantísimos esquifes; allí las frutas mas delicadas y las flores mas encantadoras; allí las armonías misteriosas de orquestas que se escondian en los secretos de aquel mágico recinto, y que llegaban al oído débiles y voluptuosas como armonías celestiales desprendidas de aquel conjunto de todo lo mas hermoso, de todo lo mas bello, de todo lo mas encantador que habia podido reunir el fausto oriental.

Triste es lo que me resta que decir para terminar este artículo; pero ello sirve para darnos un ejemplo de lo poco que valen todas las grandezas humanas.

De aquella ciudad inmensa, de todas aquellas mansiones deliciosas, de todos aquellos palacios y jardines, no quedan hoy mas que ruinas. Las maldades, los vicios,

y el desenfreno de los hombres, trajeron sobre sí las iras del cielo, y las que creian obras indestructibles y eternas, fueron para siempre borradas de aquel suelo de maldicion.

Los presagios de Isaías, hechos en los tiempos en que Babilonia florecia aun en toda su arrogancia, tuvieron un exacto cumplimiento. «El Señor y los instrumentos de su cólera vienen de tierras remotas, les decia: vienen desde el extremo del mundo para destruirte. » Llorad, porque el dia del Señor está cerca: » no: Babilonia, aquella gloriosa entre los reinos, que es la soberbia y el orgullo de los caldeos, será destruida como Sodoma y Go-



Jardines de Babilonia.

»morra. No será nunca reedificada: de generacion en generacion no será nunca mas habitada, ni pondrá allí tiendas el de Arabia, ni harán en ella majada los pastores, sino que reposarán allí las fieras, y en sus palacios habitarán todas las alimañas del desierto; la abubilla fabricará allí su nido, y el avestrúz saltará sobre los templos del leite (1).»

JUAN CUESTA.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

[Continuacion.]

III.

SELIM.

Vuelto en sí, gracias á los cuidados de Mr. de Ferrieres y de su hijo, no le fué posible á Raoul, aturdido por su ventura, coordinar un pensamiento, una frase siquiera. Tantas quimeras, tantas risueñas esperanzas se agolpaban á su mente.

Eduardo, mas tranquilo, no se regocijaba menos de la imprevista cuanto inmensa fortuna de su amigo: no era envidioso.

—Ya veis, padre mio, que mis presentimientos no eran infundados, exclamó Raoul, y como he obrado cuerdamente en jugar á la lotería antes que vos me lo hubieseis aconsejado.

—No se puede negar que la casualidad, esta vez á lo menos, te ha favorecido, pero no era lógico esperarlo. Pero no nos ocupemos de lo pasado sino de lo presente. Confíame tus proyectos... ¿qué piensas hacer?

—Divertirme primeramente cuanto pueda.

Mr. de Ferrieres se sonrió de esa manera indefinible de que hemos hablado.

—Sea, dijo. Pero es preciso que decidas el empleo que te convenga dar á tu fortuna.... ¿Vas á emplearla en buenas obras ó en placeres? ¿Vas á vivir como exige tu clase ó como un gran señor?

Un campanillazo fuerte y sonoro anunció una visita, impidiendo que contestára el héroe de esta verídica historia, y un momento despues entró un criado con una tarjeta que entregó á Mr. de Ferrieres.

—Un caballero pregunta por vos, dijo, ¿se le recibe?

Mr. de Ferrieres leyó: Selim, primer ayuda de cámara, de parte de S. E. el embajador de Rusia.

—No le conozco, pero que pase; el embajador es cliente mio.

El individuo que llegaba en momento tan solemne, Selim, primer ayuda de cámara, como decia la tarjeta, entró en la sala pausadamente, con cierta dignidad que á la vez revelaba seguridad y humildad: el saludo que hizo á Mr. de Ferrieres significaba claramente que le reconocia por superior, pero que no creyera que se trataba de un criado vulgar. Representaba cuarenta ó cincuenta años; su semblante abultado, huesoso y moreno, anunciaba su origen extranjero: era el tipo egipcio; su estatura, que no pasaba de cinco piés, carecia de flexibilidad y revelaba engruimiento; en cuanto á su traje, se reducía á una librea de color oscuro, perfectamente de moda, de paño fino, galoneada de oro. En efecto, el aspecto no era el de un criado vulgar.

Con el sombrero en la mano y la cabeza inclinada respetuosamente, esperó que Mr. de Ferrieres le dirigiera primero la palabra.

—¿En qué puedo servirlos? le preguntó éste.

—El señor embajador de Rusia me dirige á vos por si sabe si alguno de sus clientes necesita un ayuda de cámara de mis condiciones. Hé aquí una carta de S. E., y un certificado de mi conducta.

—¿Por qué no habeis permanecido al servicio de S. E.? le preguntó Mr. de Ferrieres despues de haber leído la carta y el certificado. No se conciben los elogios que hace de vos....

—S. E. ha sentido mucho perderme... Yo debia despedirme, y lo he hecho.... el deber ante todo.

—El deber ante todo? No os comprendo; explicáos.

[1] Isaías.

—S. E. recompensaba pródigamente mis servicios, pero no *representaba* con el fausto debido, y que yo hubiera deseado. Sus comidas, sus bailes, sus trenes, son mezquinos... En una palabra, su casa mas parece la de un humilde empleado que la del representante de una gran nacion, y francamente... mi amor propio padecia... presenté mi dimision... Comprendo que mi lenguaje no es todo lo claro que debiera para quien no me conoce, y luego, como ya se han perdido las tradiciones de los buenos criados! Esos infelices, que se titulan ayudas de cámara, en el dia buscan solo crecidos salarios y abundantes gajes y gratificaciones, vengan de quien vinieren: el honor de la casa poco les importa. Yo no pertenezco á ese número: el dinero me es indiferente; pero doy gran importancia, y no transijo con que mi amo falte á las exigencias de su clase y de la moda. Creo que su fama de hombre *comme il faut* refleja en mí. En una palabra, prefiero un calavera que no me pague, á un avaro que me asegure la subsistencia para lo que me falta de vida. Ya veis que no es fácil mi colocacion.

—En efecto, no conozco, entre mis clientes, respondió Mr. de Ferrieres, uno digno de semejante criado. Si se presenta una ocasion, la aprovecharé.

—Mis conocimientos son tan generales como poco comunes. Los sastres, los guarnicioneros y los constructores de carruajes mas afamados de París, no se desdennan de consultarme acerca de las modas que se proponen introducir; el gran Chevet, el ilustre gastrónomo, me oye y sigue mi consejo cuando hay comida en palacio. Dicho se está que rasuro, corto y rizo el pelo á la perfeccion.

—Una palabra, Selim.

—Estoy á vuestras órdenes.

—De dónde sois.

—Soy portugués.

—Vuestro nombre.

—Selim no es mi nombre. El primer amo que tuve, que era un jóven completo, elegante y manirote, me hacia pasar por Nubiano, y me llamaba Selim, y Nubiano y Selim me he que-

dado. Es de rigor tener un ayuda de cámara extranjero.

—Padre mio, dijo Raoul á Mr. de Ferrieres, ruborizándose y un tanto embarazado, ¿no creéis que Selim podria convenirme? Tengo que poner casa y necesito una persona...

—Ignoro tus intenciones, hijo mio, le contestó Mr. de Ferrieres. Terminados tus estudios eres dueño de tí mismo: yo, por mi parte, renuncio el derecho de la tutoria, y desde este momento puedes considerarte como emancipado. Si te conviene Selim, admítele á tu servicio, yo no me opongo á ello.

El ayuda de cámara de su escelencia el embajador de Rusia, inclinándose respetuosamente ante el nuevo millonario, dijo:

—Sería para mí una ventura señalada entrar al servicio del señor conde.

Raoul se volvió involuntariamente hácia el nubiano, como para cerciorarse que él y no otro le habia llamado conde, y le contestó balbuceando y con despecho:

—Os equivocais, Selim, no soy conde, al menos que yo sepa.

—El señorito ignora sin duda que un título es indispensable para brillar en el mundo. Yo nunca he servido sino á títulos.

—Me llamo Raoul de Chavigny, á secas.

—Cuando no se hereda un título, se compra, y de hoy hasta que lo seas, permitidme que os llame el conde Raul de Chavigny, que por cierto es un glorioso apellido.

Raoul estaba gozoso y avergonzado al propio tiempo; temia la sonrisa sarcástica de su tutor, pero le halagaba tanto el título de conde!...

—Es cierto, padre, que mi apellido es noble, que recuerda alguna gloria?

—De tu familia solo he conocido á tu padre: como los sábios miran desdeñosamente los títulos de nobleza, no sería imposible que tu abuelo fuera conde ó marqués, y.....

(*Se continuará.*)

E. HERNANDEZ.

VIAJE Á SANTANDER.

Una niña, que es suscritora á LA AURORA DE LA VIDA, nos ha facilitado para su insercion la siguiente carta, que le ha dirigido desde Santander una amiguita de su misma edad, que ha ido con su familia siguiendo el viaje de la Reina á aquella poblacion.

«Mi querida A.... Por fin puedo escribirte cumpliendo la palabra que te dí al tiempo que nos despedimos, llorando las dos porque ya no podríamos en muchos dias reunirnos para jugar, ni pasear juntas por las tardes en el Botánico y por las noches en el Prado. Te aseguro que me he acordado mucho de tí, y que he sentido mucho que no vinieras conmigo, para ver todo lo que yo he visto.

Nosotros fuimos al Escorial antes que Sus Majestades, y como ya creo que has estado en este pueblo, no te diré nada del hermoso monasterio de San Lorenzo, ni del templo, ni del panteon. Al dia siguiente salimos para San Chidrian, donde habia levantado la compañía del Norte, segun oí decir, un hermoso arco de follaje, con muchas banderas, coronado por una gran flor de lis de oro; habia gran número de gallardetes por todo el camino hasta la estacion del ferro-carril, y á la entrada de ésta otro arco de triunfo. No puedes imaginarte qué bonitas eran las habitaciones destinadas á Sus Majestades; la de la Reina de damasco rosa, con muebles y adornos dorados; la del rey de azul y oro, y el salon de corte de raso blanco, con flores de lis de oro.

Aquí tomamos el ferro carril, y te aseguro que fui muy á gusto, porque los wagones eran muy cómodos, y me iba divirtiendo en ver cuán adornadas y empavesadas con los colores de España y Francia se hallaban todas las estaciones, cuyos nombres me fué diciendo mi papá, y son, si mal no recuerdo, Adanero, Arévalo, Ataquines, San Vicente, Medina del Campo, Pozaldez, Matapozuelos, Valdestillas y Viana.

Llegamos á Valladolid el dia 18, y no te puedes figurar, querida mia, lo que me gustó

la vista de esta poblacion, con el hermoso paseo del Campo Grande y el rio Pisuerga, por encima de cuyas aguas volaban multitud de gaviotas. La estacion del ferro-carril es mucho mas grande que la de Alicante en Madrid, y en ella habia un elegante pabellon sostenido por columnas doradas, y á la entrada del Campo Grande un arco triunfal, otro en la calle de Santiago, y cuatro magnificos en el sitio llamado *el Ochavo*, formando entre todos una bóveda y terminando en una gran corona. Todas las calles estaban colgadas y adornadas de una manera muy vistosa, y por la noche hubo en la plaza mayor unos fuegos artificiales muy bonitos.

Valladolid es una poblacion muy grande: mi papá me hizo entrar en un hermoso café, que forma un estenso salon, sostenido por columnas de hierro, mucho mayor que los cafés mejores de Madrid y con tanto lujo como éstos. Tambien fui á ver la iglesia de San Pablo, que tiene una preciosa fachada, y la de San Gregorio, donde además de la hermosa portada, hay un patio y una escalera, con adornos, que los que iban con nosotros decian que son obra de gran mérito artístico; á mí, aunque no soy artista, me gustaron tambien, porque lo bueno gusta á todos, aun á los niños.

Al dia siguiente salimos de Valladolid, y hallamos igualmente adornadas las estaciones de Cabezón, Dueñas y Venta de Baños, donde se presentó una danza de niños, y en la de Palencia arcos, entre ellos uno de espigas, levantado por los labradores.

Entramos en Palencia por la puerta del Mercado y calle Mayor, y entre los hermosos arcos, obeliscos, templete, y otros adornos que en ella se veian, lo que mas me llamó la atencion fué un arco que estaba en el sitio que dicen de la Fuentecilla, hecho todo con mantas, de las que en Palencia hay muchas fábricas. ¿Con mantas? dirás al leer esto. Pues mira, estaba muy bien. Cerca de la puerta de Monzon habia tambien otro arco muy bonito.

Fuimos á ver la Catedral, que tiene un hermoso pavimento de jasper azul y blanco, un altar mayor de plata, buenos cuadros, un claus-

tro magnífico y cuatro entradas, de las cuales la de los Reyes estaba por la noche vistosamente iluminada. También el paseo conocido *el salón*, estaba profusamente iluminado. Vimos asimismo el palacio del obispo, donde se apeó la Reina; que es un gran edificio todo de piedra, y el hospital de San Lázaro, fundado por el Cid, cuya historia hemos leído juntas, en la misma casa en que habitó. Por la noche hubo también fuegos artificiales.

Salimos de Palencia, siempre por el ferrocarril, y pasamos por las estaciones de Monzon,

rales y las Caldas, que estaban muy engalanadas; la de Torrelavega, que estaba entapizada interior y exteriormente de naranjos y limoneros cargados de fruto, y todo el suelo cubierto de flores; la de Renedo, donde te hubieras conmovido como yo viendo á una pobre ancianita regalar algunas avellanas al príncipe de Asturias, y finalmente, las de Guarnizo y Boo hasta Santander.

Entramos en esta ciudad por la Alameda segunda, y las calles de Burgos, Atarazanas y muelle de la Rivera, hasta la Catedral. Toda



Santander.

Amuseo, Piña, Fromista, Marcilla, Osorno, Espinosa, Herrera, Alar del Rey, Aguilar, Quintanilla, Mataporquera, Pozazal y Reinosa, donde se nos acabó el ferrocarril, y tuvimos que marchar por la carretera hasta Bárcena. Aquí tuvimos que esperar en la estación, que estaba muy adornada á la llegada del tren, y cuando éste llegó volvimos á marchar en el ferrocarril por en medio de las montañas y de los valles mas pintorescos que puedes imaginarte. ¿Te acuerdas de un album con vistas de Suiza que tiene tu mamá? Pues eran muy parecidas las que se ofrecían á mis ojos.

Las estaciones porque fuimos pasando esta vez fueron, si no me es infiel mi memoria, las de Portolin, Santa Cruz, Las Fraguas, los Cor-

esta carrera estaba muy colgada; habia arcos de triunfo y otros adornos, y marchaban con la comitiva comparsas de marineros, jardineras, pasiegos, ninfas y niñas, y varios carros triunfales.

La Catedral tiene una torre construida sobre un arco, por debajo del cual se pasa como si fuera una calle, y debajo de la iglesia hay otra que llaman *el Cristo de abajo*.

Pero lo que mas me ha gustado ha sido el puerto y la vista del mar, donde se han verificado unas carreras de barcos, que se llaman *regatas*, y que te hubieran gustado mucho, así como los fuegos, iluminaciones y demás fiestas que aquí ha habido.

Santander no es una ciudad bonita; pero

es una poblacion grande , muy animada , con una bahía hermosísima y muy buenos paseos.

No me dirás que no te doy noticia de todo. Adios , mi querida A..... hasta que vuelva á tener el gusto de abrazarte tu

L.

MEMORIAS DE UNA NIÑA.

(Continuacion.)

II.

LO QUE EL LECTOR NO ESPERA.

Hasta aquí todo iba bien : las muñecas, los paseos y las golosinas se multiplican en torno mio, y mis caprichos, que todo el mundo celebra, se multiplicaban tambien. A estos fué preciso poner un término.

Cierta mañana me empeñé en no levantarme porque llovía, y á las reflexiones de mi aya Margarita, repliqué que no me levantaria mientras no me comprasen un paragua pequeño para salir con él.

Margarita lo tomó á broma, pero al ver mi terquedad acudió á mamá, que se presentó ante mí con ademan severo, diciéndome que no contase con semejante paragua, y que lejos de mandarme levantar, permanecería todo el dia en mi cuarto sin ver á nadie ni comer mas que pan seco y agua.

—Pero Dios te ve, añadió, y él sabe el pesar que me causa tener una hija terca y necia.

Acostumbrada á oír solo elogios, esta última frase me hizo mucho mal.

Era la primera vez que veía enfadada á mamá, y no creía gran cosa en su enojo, y menos aun en el pan seco. ¿Cuál sería mi asombro cuando á la hora de almorzar ví entrar en mi cuarto con un pedazo de pan y un vaso de agua á Martin, el cual me dijo con sonrisa burlona?

—No traigo servilleta, porque hoy no se manchará la señorita.

Lancé gritos de furor, y arrojé por la ventana el pan, el vaso y el plato. Martin escapó,

y Margarita dijo que me calmase, y acercándose á mí, exclamó con dulzura:

—Rosalía, hija mia, es preciso rezar la oracion de la mañana.

—No, repliqué; hoy soy demasiado mala para rezar.

—Por lo mismo debes pedir á Dios perdon y conformidad.

—Dios no quiere á las niñas malas, segun dices tú. ¡Ah! ¡Todo esto me pasa porque no me quieren comprar un miserable paragua! ¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mi abuelita?

—En su casa.

—Corre á buscarla.

—Es inútil: ni ella, ni nadie, cederá á vuestros caprichos.

—¿Con qué nadie me quiere?

—Por el contrario, os quieren todos cuando sois buena, pero cuando no, ni nadie os quiere ni...

—¿Ni qué?

—Ni ireis al cielo.

Callé un momento, pero en todo el dia dejé de hablar del fatal paragua, y hoy no puedo menos de reconocer la dulzura y la paciencia que aquel dia necesitó para sufrirme mi pobre aya.

Mi tenacidad, ó mas bien las rabietas que tomé por motivo tan fútil, me produjeron una violenta fiebre, y cuando papá y mamá vinieron á verme, les tendí los brazos sin acordarme de nada, rezando á peticion de mamá, y con la mayor compostura mis oraciones de la noche.

Cuentan que en medio de mi delirio el paragua era el objeto constante de mis pensamientos... Hoy me parecen inverosímiles tales simplezas... pero ¡ah! el capítulo siguiente no dará á mis lectores mejor opinion de mí.

III.

AUN MAS DEFECTOS.

El suceso del paragua alarmó á mis padres, que desde entonces se propusieron no ceder á ninguno de mis caprichos, entrando en tan horrible complot hasta mi abuelita, que en vez de celebrar cuanto yo decia, me mandaba callar,

advirtiéndome que los niños no hablan mas que cuando se les dirige la palabra.

Uno de mis principales defectos era la curiosidad, y mi mayor anhelo permanecer en el salon mientras estaban en él las visitas, cuyos trajes examinaba hasta en sus mas ínfimos detalles, manifestando un asombro ridículo.

Esto me proporcionó una leccion de una amiga de mamá, persona á quien yo queria mucho, y con la cual tenia mayor libertad. Saltando sobre sus rodillas, como tenia de costumbre, me puse á elogiar ó censurar á mi antojo todas las prendas de su traje, sin cuidarme de preguntarle cómo estaba, y es obligacion de toda niña bien criada, lo que hizo esclamar á la ofendida señora:

—Querida Rosalía, ya que te interesa lo que traigo puesto mas que mi persona, otro dia en vez de venir á verte te enviaré mi vestido y mi sombrero.

Yo quedé cortada, y en breve, aprovechando un pretexto cualquiera, me alejé del salon, proponiéndome aprovechar la leccion que habia recibido.

No es mi ánimo referir todas las faltas que dia por dia cometian mis primeros años; pero no puedo pasar en silencio aquellas cuyo recuerdo me atormenta aún.

Un dia mi aya me dejó en mi cuarto despues de haber cerrado la ventena, y apenas salió subí sobre una silla, abrí con mil trabajos la ventana, á la que llegaba apenas, y me incliné sobre ella á ver lo que en la calle pasaba, levantando los piés de la silla. En este instante mamá me asió del vestido, dando un grito, y exclamó:

—¿Dónde está Margarita? ¡Qué imprudencia!

—No me hubiera caido, repliqué yo sonrojándome.

Margarita entró al punto, mamá la riñó con una dureza que no acostumbraba, y aunque mi aya afirmó haber cerrado la ventana, tantas veces dije yo que no, que mi misma aya comenzó á dudar de su memoria.

El terror de mamá era mayor, porque en aquellos dias habia caido á la calle una niña de

la vecindad, y papá mismo no pudo escuchar sereno el relato del riesgo que yo habia corrido, réanimando este la ternura de mis padres y hermanos que aquel dia me colmaron de caricias.

Sin embargo, en medio de mi satisfaccion una voz desde el fondo del alma me gritaba: «embustera.» Pobre Margarita! Así veia recompensados los cuidados que le merecí!

Esta escelente aya, al verse tratada con un rigor que no creia merecer, recogió sus efectos y pidió permiso para marcharse. Yo no habia previsto un caso semejante! qué hacer? confesar mi falta ó dejar partir á Margarita?

En tal situacion corrí á buscar á ésta á su cuarto, que sin poder contener sus lágrimas me preguntó qué queria.

—Que me castigues, repliqué yo llorando tambien, porque.... porque he mentido.... Me subí en una silla para abrir la ventana, y ¡no quiero que te vayas!

Margarita, en vez de castigarme como yo pedia, se abrazó á mí sollozando y diciendo:

—Por qué has mentido, Rosalía?

—No sé... pero no volveré á mentir, yo te lo prometo! te marcharás?

Margarita me dijo que no, y la calma volvió á mi pecho. Sin embargo, la idea de confesar á papá y mamá mi delito me turbaba, y por fin, haciendo un esfuerzo violento, penetré en el salon conducida por Margarita, quien refirió lo ocurrido, mientras mis lágrimas caian silenciosas sobre mi delantal.

Yo aguardaba un regaño merecido, cuando por el contrario mis padres me abrazaron, diciéndome que con mi arrepentimiento habia logrado borrar en parte mi falta, y de aquella falsa mentira solo quedó el propósito en mi corazon de no volver á mentir, conocidas las consecuencias graves que tiene una mentira leve.

(Se continuará)

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.